

tividad. Dos Estados iguales en territorio y en población pueden ser muy desiguales en fuerza, y siempre el más poderoso de ambos es aquél cuyos moradores están repartidos con más igualdad: el que no tiene ciudades tan populosas y brilla, por consiguiente, menos, vencerá siempre al otro. Las ciudades populosas son las que ponen exhausto un Estado y constituyen su flaqueza: la riqueza que producen es ilusoria y aparente, es mucho dinero y poco efecto. Dicen que la ciudad de París vale para el rey de Francia tanto como una provincia, y yo creo que le cuesta algunas, pues, bajo muchos aspectos, se mantiene París con las provincias, y la mayor parte de las rentas de ellas afluyen a esta ciudad y se quedan en ella, sin volver nunca ni al pueblo, ni al rey. Es increíble que en este siglo de calculadores no haya quien sepa ver que sería mucho más poderosa Francia si destruyeran a París. El pueblo mal distribuido, no solamente no es provechoso para el Estado, sino que es más funesto que la misma despoblación, porque ésta da un producto nulo y el consumo mal entendido da uno negativo. Cuando oigo que un francés y un inglés, ufanos con la grandeza de sus capitales, disputan sobre cuál encierra más habitantes, si París o Londres, para mí es como si disputaran ambos sobre cuál de los dos pueblos tiene la honra de estar peor gobernado.

Estudiad un pueblo fuera de sus ciudades, sólo así le conoceréis. Nada es ver la forma aparente de un gobierno con el aparato de la administración y la charla de los administradores, si no estudiamos también su naturaleza por los efectos que en el pueblo produce, y si no la estudiamos al mismo tiempo en todos los grados de la administración. Hallándose repartida entre todos estos grados la diferencia de lo que es de fórmula a la realidad, solamente cuando se abrazan todos

se conoce esta diferencia. En este país se empieza a sentir el espíritu del ministerio por las maniobras de los subdelegados; en aquél es necesario ver elegir los miembros del Parlamento para decidir si es cierto que la nación es libre: en todo país cualquiera es imposible que conozca el gobierno quien sólo ha visto las ciudades, puesto que nunca es el mismo su espíritu respecto a las ciudades que al campo. Ahora, el campo es lo que forma el país, y el pueblo del campo el que forma la nación.

Este estudio de los varios pueblos, en sus apartadas provincias y en la sencillez de su carácter original, ofrece una observación general muy conforme con mi epígrafe, y que consuela mucho el corazón humano, y es que, observadas así todas las naciones, parece que son mucho más apreciables: cuanto más se acercan a la Naturaleza, más domina la bondad en su carácter; sólo encerrándose en la ciudades y alterándose a fuerza de cultura, se depravan y convierten en perniciosos y agradables vicios algunos defectos más toscos que dañosos.

De esta observación resulta una nueva ventaja en la manera de viajar que propongo, y es que, viendo poco los jóvenes en las ciudades populosas donde reina una horrible corrupción, están menos expuestos a contraerla, y entre hombres más sencillos, y en sociedades menos numerosas, conservan más seguro tino, gusto más sano y costumbres más honestas, bien que no sea esta epidemia muy temible para mi Emilio, armado de cuanto necesita para precaverse de ella. Entre todas las precauciones que para ello he tomado, miro como una muy eficaz el cariño que lleva en el pecho.

Ya no se sabe cuánto puede el verdadero amor en las inclinaciones de los jóvenes, porque los que los dirigen, que no lo ignoran menos que ellos, los desvían

de él. Y sin embargo, es preciso que el joven esté enamorado, como no sea un disoluto. Fácil es seducir con apariencias. Me citarán mil jóvenes que, según dicen, viven con mucha castidad; pero cítame un hombre maduro, un hombre en la edad viril, que diga que ha pasado así su mocedad y que sea ingenuo. En todas las virtudes, en todas las obligaciones, sólo buscan la apariencia; yo quiero la realidad, y me engaño, o no hay para conseguirla otros medios que los que propongo.

La idea de hacer que se enamorase Emilio antes de sacarle a viajar, no es de invención mía; me la sugirió el siguiente suceso.

Estaba yo en Venecia de visita en casa del ayo de un joven inglés: era invierno, y nos hallábamos alrededor de la lumbre. Recibe el ayo sus cartas del correo, las lee, y luego su alumno lee otra en alta voz. Estaba en inglés, y no la entendí; pero, durante la lectura, vi que el joven rasgaba unas hermosísimas vueltas de encaje que llevaba, y las tiraba a la lumbre una después de otra, con el mayor disimulo posible, para que no lo advirtiesen. Extrañando este capricho, le miro a la cara, y creo que noto emoción en él: pero los signos externos de las pasiones, aunque bastante parecidos en todos los hombres, tienen diferencias nacionales acerca de las que es fácil engañarse, pues los pueblos tienen diferente expresión tanto de lengua como de semblante. Aguardo al fin de la lectura y, enseñando luego al ayo los puños desnudos de su alumno, que éste procuraba esconder, le digo: «¿Se puede saber qué quiere decir esto?»

Viendo el ayo lo sucedido, soltó la risa, dió un abrazo a su alumno con ademán satisfecho, y, luego de obtener su consentimiento, me dió la explicación que yo deseaba.

«Las vueltas, me dijo, que acaba de rasgar el señor John, son un regalo que le hizo, ha pocos días, una señora de este pueblo. Mas habéis de saber que el señor John está comprometido en su país con una señorita a quien tiene cariño, y que merece más todavía. Esta carta es de la madre de su amada, y voy a traduciros el párrafo que ha causado el estrago que habéis visto. Dice así:

«Lucía no deja de la mano los vuelos de lord John. Su amiga Betti Roldham vino ayer a pasar la tarde con ella, y a la fuerza quiso trabajar en su obra. Sabiendo que hoy se había levantado Lucía más temprano de lo acostumbrado, quise ver lo que hacía, y la encontré ocupada en deshacer lo que ayer había hecho Betti. No quiere que haya en su regalo ni un punto siquiera que sea de otra mano que la suya».

De allí a un rato salió el señor John para tomar otros vuelos, y dije yo a su ayo: «Tenéis un alumno de excelente carácter; pero, decidme la verdad, ¿es cierta esa carta de la madre de la señorita Lucía, o es un expediente fraguado por vos contra la dama de las vueltas? — No, me dijo, es la pura verdad; no he usado tanto arte en mis afanes; sólo empleo sencillez y celo, y Dios ha bendecido mi obra».

Nunca se me ha borrado de la memoria la acción de este joven, y no podía menos de producir algo en una cabeza tan imaginativa como la mía.

Tiempo es de concluir. Llevemos a lord John ante su Lucía, esto es, a Emilio ante su Sofía. A un corazón no menos enamorado que antes de su partida, junta un espíritu más ilustrado, y trae a su país la ventaja de haber conocido los gobiernos con todos sus vicios y los pueblos con todas sus virtudes. También he cuidado de que en cada nación se estrechara con algún

hombre de mérito por medio de un tratado de hospitalidad a la manera de los antiguos, y no sentiré que por medio de cartas siga cultivando estos conocimientos. Además de que puede ser provechoso y siempre es agradable tener correspondientes en los países distantes, es una precaución excelente contra el imperio de las preocupaciones nacionales que, acometiéndonos toda la vida, tarde o temprano tienen en nosotros alguna influencia. Para neutralizarla, es lo más a propósito el trato desinteresado con los hombres de razón a quienes apreciamos, y que, no teniendo estas preocupaciones, oponiéndoles las suyas, nos dan los medios de contrarrestar unas con otras y preservarnos así de todas. No es lo mismo tratar con los extranjeros en nuestro país que en el suyo. En el primer caso, siempre guardan con el país donde viven ciertas consideraciones que los hacen encubrir lo que de él piensan, o pensar favorablemente mientras residen en él; pero, cuando vuelven al suyo, se les aminora esta buena opinión, y sólo son justos. Mucho celebraríamos que el extranjero que yo consultase hubiese visto mi país, pero solamente en el suyo le preguntaría su parecer acerca del mío.

Después de haber empleado cerca de dos años en correr algunos de los grandes Estados de Europa, y muchos más de los chicos; después de haber aprendido las dos o tres principales lenguas y de haber visto lo más curioso que hay que observar ya en historia natural, ya en gobierno, ya en artes, ya en hombres, devorado de impaciencia me avisa que se va acercando nuestro plazo. Dígole entonces: «Pues bien, amigo mío, ya os acordáis del principal objeto de nuestros viajes; habéis visto y habéis observado. ¿Cuál es el resultado final de vuestras observaciones? ¿A qué os determi-

náis?» O me engaño en mi método o, con poca diferencia, me responderá lo siguiente:

«¿A qué me determino? A quedarme tal como me habéis hecho que fuese, y a no añadir voluntariamente ninguna otra cadena a la que me han echado la Naturaleza y las leyes. Cuanto más examino la obra de los hombres en sus instituciones, más veo que a fuerza de aspirar a ser independientes se hacen esclavos, y que gastan su propia libertad en esfuerzos vanos para afianzarla. Por no ceder al torrente de las cosas, se forman mil sujeciones; luego, cuando quieren dar un paso no pueden y se asombran de hallarse atados a todo. Me parece que para vivir libre no hay nada que hacer, basta con querer cesar de serlo. Vos, maestro mío, me habéis hecho libre, enseñándome a ceder a la necesidad. Venga cuando quiera, me dejaré arrastrar sin oposición y, como no quiero contrarrestarla, de nada me asiré para retenerme. En nuestros viajes he procurado averiguar si encontraría un rincón de tierra donde pudiera ser absolutamente mío: pero, entre los hombres, ¿en qué paraje no depende uno de sus pasiones? Bien examinado todo, he hallado que mi mismo anhelo era contradictorio; porque, aun no estando asido a ninguna otra cosa, lo estaría a la tierra donde me hubiese fijado; mi vida estaría asida a la tierra, como lo estaba la de las Driades a sus árboles. He visto que eran dos palabras incompatibles imperio y libertad, y que no podía ser dueño de una choza sin dejar de serlo de mí propio.

*Hoc erat in votis, modus agri non ita magnus (79).*

(79) Este mi anhelo fue, campo más chico.

HORAC., lib. II, sát. 6.

»Me acuerdo de que fueron mis bienes la causa de nuestras investigaciones. Me demostrabais con mucha solidez que no podía yo conservar a un tiempo mi riqueza y mi libertad; mas, cuando queríais que fuese libre y sin necesidades, queríais dos cosas incompatibles: porque no puedo salir de la dependencia de los hombres sin entrar en la de la Naturaleza. ¿Pues qué haré de los bienes que me han dejado mis padres? Lo primero, no depender de ellos; aflojaré todos los nudos que con ellos me tienen asido: si me los dejan, los conservaré; si me los quitan, no me arrastrarán con ellos. No me afanaré por retenerlos y permaneceré firme en mi puesto. Pobre o rico, seré libre, y no solamente lo seré en tal país, en tal comarca; lo seré en la tierra entera. Rotos están para mí todos los lazos de la opinión; sólo conozco los de la necesidad. Aprendí a llevarlos desde mi niñez y los llevaré hasta la muerte, por que soy hombre; ¿y por qué no los he de llevar siendo libre, si también sería forzoso llevarlos siendo esclavo, y los de la esclavitud por añadidura?

»¿Qué me importa mi condición en la tierra? ¿Qué me importa el país en que viviere? En cualquiera parte donde haya hombres, estoy entre mis hermanos; en cualquiera donde no los haya, estoy en mi casa. Mientras pudiere permanecer independiente y rico, tengo caudal para vivir, y viviré. Cuando me sujetare mi caudal, le abandonaré sin sentimiento; tengo brazos para trabajar, y viviré. Cuando me faltaren mis brazos, viviré si me dan de comer, moriré si me abandonan: lo mismo moriré aunque no me abandonen; pues la muerte no es pena de la pobreza, sino ley de la Naturaleza. En cualquiera época que venga, aseguro que no me cogerá haciendo preparativos para vivir, ni me impedirá jamás el haber vivido.

»A esto me atengo, padre mío. Si no tuviera una

pasión, viviría, en mi estado hombre, independiente como Dios mismo, pues, queriendo únicamente lo que existe, nunca tendría que lidiar contra el destino. A lo menos no tengo más que un yugo, el único a que siempre estaré atado, y de él me puedo vanagloriar. Dadme a Sofía y soy libre».

«Emilio querido, mucho me complace oír de tu boca razones de hombre, y ver los sentimientos de tal en tu corazón. De tu edad no me disgusta este desinterés excesivo. Cuando tengas hijos disminuirá, y entonces serás justamente lo que debe ser un buen padre de familia y un hombre sensato. Antes que emprendieras tus viajes, sabía yo cuál sería su efecto; bien sabía que, observando desde cerca nuestras instituciones, estarías muy distante de poner en ellas la confianza que no se merecen. Inútil es aspirar a la libertad bajo el amparo de las leyes. ¡Leyes! ¿dónde las hay? ¿y dónde son respetadas? En todas partes sólo el interés particular y las pasiones humanas has visto reinar con este nombre. Pero existen las leyes eternas de la Naturaleza y del orden: sustituyen para el sabio la ley positiva; están escritas en lo íntimo de su corazón por la razón y la conciencia; a ésta se debe esclavizar para ser libre; no hay otro esclavo que el que obra mal, porque siempre obra contra su voluntad. En ninguna forma de gobierno está la libertad, pero está en el pecho del hombre libre, y a todas partes la lleva consigo. El hombre vil a todas lleva la esclavitud. Esclavo sería el uno en Ginebra y libre el otro en París.

»Si te hablara de los deberes del ciudadano, acaso me preguntarías dónde está la patria, y creerías haberme confundido. Pero te engañarías, amado Emilio; porque quien no tiene patria tiene, a lo menos, un país. Siempre hay un gobierno y simulacros de leyes bajo los cuales ha vivido tranquilo. ¿Qué importa que no

se haya cumplido el contrato social, si le ha amparado el interés particular como lo hubiera hecho la voluntad general, si la pública violencia le ha preservado de las violencias particulares, si lo malo que ha visto obrar le ha hecho amar lo que era bueno, y si nuestras instituciones la han hecho conocer y odiar las iniquidades peculiares de ellas? ¡Oh, Emilio! ¿Dónde está el hombre de bien que nada debe a su país? Sea quien fuere, le debe lo más precioso que hay para el hombre, la moralidad de sus acciones y el amor de la virtud. Nacido en lo enmarañado de las selvas, hubiera vivido más venturoso y más libre; pero, no teniendo obstáculos que vencer para seguir sus inclinaciones, hubiera sido bueno sin mérito, y no virtuoso, y ahora sabe serlo a despecho de sus pasiones. La apariencia sola del orden le excita a que le conozca y le ame. El bien público, que sirve de mero pretexto para los demás, para él sólo es un motivo real. Aprende a pelear contra sí, a vencerse, a sacrificar su interés al de los demás. El provecho que saca de las leyes es que le inspiran resolución para ser justo, aun entre los malos. También le han hecho libre, pues le han enseñado a reinar en sí propio.

»Por tanto, no digas: ¿Qué me importa el sitio donde haya de estar? Te importa estar donde puedas desempeñar todas tus obligaciones, y una de éstas es la adhesión al país natal. Tus compatriotas te protegieron siendo niño; tú debes amarlos siendo hombre. Debes vivir entre ellos o, a lo menos, en sitio desde donde les puedas ser útil en lo posible y donde te sepan hallar si alguna vez necesitáren de ti. Circunstancias hay en que un hombre puede ser más útil a sus conciudadanos, viviendo fuera de su patria, que en el seno de ella. Entonces solamente su celo debe escuchar y sufrir sin quejarse su destierro; que éste mis-

mo destierro es una de sus obligaciones. Pero tú, buen Emilio, a quien nada impone estos dolorosos sacrificios; tú, que no te has tomado el triste cargo de decir la verdad a los hombres, ve, vive en medio de ellos, cultiva su amistad en un suave trato, sé su bienhechor, su modelo: más les aprovechará tu ejemplo que todos nuestros libros, y las buenas acciones que vean en ti les moverán más que todos nuestros vanos razonamientos.

»No te exhorto por esto a que vayas a vivir en las ciudades populosas; por el contrario, uno de los ejemplos que a los demás deben los buenos, es el de la vida patriarcal y rústica, la vida primitiva del hombre, la más pacífica, más natural y más dulce para quien no tiene estragado el corazón. ¡Dichoso el país, amado joven, donde no es necesario ir a buscar la paz a un yermo! Pero, ¿cuál es ese país? Mal satisface un hombre benéfico su inclinación en medio de las ciudades, donde casi no halla en favor de quien ejercitar su celo, como no sea en trapisondistas y bribones. La acogida que allí se hace a los holgazanes que vienen a probar fortuna, acaba de asolar el país que por el contrario se debiera repoblar a costa de las ciudades. Todos cuantos se retiran de las sociedades numerosas son útiles por el solo hecho de retirarse, porque todos sus vicios provienen de ser muy numerosas. También son útiles cuando a los despoblados pueden llevar de nuevo la vida, la cultura y el amor de su primitivo estado. Me enternezco cuando contemplo cuántos beneficios pueden esparcir Emilio y Sofia desde su sencillez retiro, cuánta vida dar a las campiñas, y cuánto reanimar el apagado celo del desgraciado aldeano. Ya creo mirar que se multiplica el pueblo, que se fertilizan los campos, que se engalana la tierra con nuevos frutos, que la muchedumbre y la abundancia transforman

en fiestas los trabajos y que se elevan bendiciones y alegres clamores en torno de la amable pareja que ha reanimado los rústicos juegos. Tratan de fantástico el siglo de oro, y lo será siempre para quien tenga estragados el gusto y el corazón. Tampoco es cierto que sientan haberle perdido, pues siempre es vano este sentimiento. ¿Qué se necesita para verle renacer? Una sola cosa, pero cosa imposible; amarle.

»Ya me parece que renace este siglo en torno de la morada de Sofía; no haréis más que acabar juntos lo que sus dignos padres han empezado. Pero no te retraiga, querido Emilio, tan suave vida de obligaciones penosas, si alguna vez te las imponen: acuérdate de que los romanos abandonaban el arado por la toga consular. Si te llama el príncipe o el Estado al servicio de la patria, déjalo todo para ir a desempeñar, en el puesto que te señalen, el honroso papel de ciudadano. Si te fuere onerosa esta función, hay medio decente y eficaz para librarte de ella, que es desempeñarla con la integridad suficiente para que no te la dejen encomendada mucho tiempo. Mas poco tienes que recelar las dificultades de semejante carga; mientras que hubiere hombres de este siglo, no serás tú quien vengas a buscar para servir el Estado».

¡Si pudiera pintar la vuelta de Emilio a casa de Sofía y el fin de sus amores, o más bien el principio del amor conyugal que los une! Amor fundado en la estimación, tan duradera como la vida; en las virtudes, que no se desvanecen con la hermosura: en la armonía de los caracteres, que hacen amable el trato y prolongan en la vejez el encanto de la unión primera. Pero estas circunstancias pudieran distraer sin ser de provecho, y hasta aquí sólo he descrito las circunstancias agradables que me han parecido útiles. ¿Dejaré esta regla al fin de mi tarea? No, y también conozco que

está fatigada mi pluma. Muy débil para tan dilatados trabajos, abandonaría éste si estuviera menos adelantado para no dejarle imperfecto, pero es tiempo de que le concluya.

Al fin veo nacer el más encantador de los días de Emilio y el más feliz de los míos; veo coronados mis afanes, y empiezo a gustar su fruto. Estréchase la digna pareja con una indisoluble cadena; pronuncia su boca y confirma su corazón juramentos que no serán vanos; son esposos. Al volver del templo, se dejan conducir; no saben dónde están, ni adónde van, ni lo que en torno de ellos hacen. No oyen, no responden más que palabras confusas: nada ven sus enturbiados ojos. ¡Oh, delirio y flaqueza humana! El sentimiento de la felicidad entontece al hombre, y éste no halla fuerzas para resistirle.

Pocos hay que un día de boda sepan tomar con los novios el aspecto que conviene. El triste decoro de unos y las chocarrerías de otros, me parecen igualmente impertinentes. Más quisiera que dejaran a estos corazones juveniles recogerse dentro de sí mismos, y abandonarse a una agitación que tiene cierta delicia, que no distraerlos con tanta crueldad entristeciéndolos con una inoportuna seriedad, o incomodándolos con chistes desabridos, que, aunque los hubiesen de divertir en otra ocasión, es muy cierto que este día importunan.

Veo que mis dos jóvenes, en la dulce emoción que los turba, nada escuchan de lo que se les dice. Yo, que deseo se goce de todos los días de la vida, ¿he de dejar que pierdan uno tan precioso? No, quiero que le gusten, que le paladeen, que disfruten sus delicias. Los arranco de la importuna muchedumbre que los cansa y, llevándomelos a pasear a un sitio apartado, los llamo a sí mismos hablándoles de ellos. No sólo quie-

ro hablar a sus oídos, sino también a sus corazones, y no ignoro cuál es el único asunto en que este día puedan ocuparse.

«Hijos míos, les digo asiéndolos a entrambos de la mano, tres años ha que vi nacer esta viva y pura llama que hoy hace vuestra felicidad. Sin cesar ha ido en aumento; en vuestros ojos veo que ha llegado a su último grado de vehemencia; ya no puede menos de entibiarse». Lectores, ¿no veis los arrebatos, los furoros, los juramentos de Emilio, el ademán desdeñoso con que Sofía desprende de mi mano la suya y las tiernas protestas que mutuamente se hacen sus ojos de adorarse hasta el postrer aliento? Los dejo un rato, y vuelvo a tomar el hilo de mi discurso.

«Muchas veces he pensado que, si pudiéramos prolongar la dicha del amor, el matrimonio sería la bienaventuranza en la tierra. Hasta hoy esto nunca se ha visto. Pero si no es cosa totalmente imposible, dignos sois uno y otro de dar un ejemplo que de nadie hayáis recibido, y que pocos esposos sabrán imitar. ¿Queréis, hijos míos, que os diga qué medio imagino para ello y que creo el único posible?»

Se miran sonriéndose y burlándose de mi simpleza. Emilio me da muchas gracias, diciéndome que, a su entender, Sofía tiene una receta mejor y que a él con eso le basta. Sofía aprueba, y no parece menos confiada: no obstante, por entre su ademán de burla se me figura que columbro alguna curiosidad. Examinó a Emilio: sus encendidos ojos devoran los atractivos de su esposa; ésta es su única curiosidad, y poca mella le hacen todas mis razones. A mi vez me sonrío, diciendo entre mí: «Pronto haré yo que estés atento».

La diferencia casi imperceptible de estos movimientos secretos indica una muy característica en ambos sexos, y muy opuesta a las preocupaciones ad-

mitidas, y es que, por regla general, son los hombres más inconstantes que las mujeres y se fatigan más pronto del amor satisfecho. De muy atrás presiente la mujer la inconstancia del hombre, y se asusta con ella (80). Y esto la hace ser más celosa. Precisada, cuando empieza a entibiarse el hombre, a restituírle cuantos obsequios él la hizo en otro tiempo para serla grato, alternativamente llora, se humilla, y rara vez con el mismo resultado. El cariño y los obsequios granjean los corazones, pero no los recobran. Vuelvo a la receta contra el enfriamiento del amor en el matrimonio.

«Es fácil y sencillo, prosigo; consiste en continuar siendo amantes después de esposos.—Efectivamente, dice Emilio riéndose del secreto, no nos será penosa.

»—Más penosa para vos que os reís de lo que acaso pensáis. Dejad, por vuestra vida, que me explique.

»Los nudos que se quieren apretar demasiado, se rompen. Esto es lo que sucede con el del matrimonio cuando le queremos dar más fuerza de la que debe tener. La fidelidad que impone a los esposos, es el más sacrosanto de todos los derechos; pero la potestad que da al uno sobre el otro está de más. Mal se avienen la violencia y el amor, y el deleite no se manda. No os sonrojéis, Sofía, ni penséis en huir. No permita Dios

(80) En Francia, las que primero se apartan son las mujeres; debe ser así, porque, teniendo poco temperamento y no queriendo más que homenajes, en cuanto el marido cesa de pedir celos, hacen poco caso de él. Por el contrario, en los demás países los maridos se desprenden antes, y también debe ser así, porque fieles, pero sin miramiento, las mujeres los cansan de ellas, importunándolos con sus deseos. Estas verdades generales pueden tener muchas excepciones; pero ahora creo que sean verdades generales.

que yo quiera ofender vuestra modestia; pero se trata de la suerte de vuestra vida. Por tan importante objeto consentid, entre un padre y un esposo, razones que viniendo de otros no consentiríais.

»No tanto hasta la posesión como la sujeción, y a la manceba que un hombre mantiene la conserva cariño mucho más tiempo que a su mujer. ¿Cómo se han podido transformar en obligación los más tiernos cariños y en derecho las prendas más dulces de amor? El mutuo deseo constituye el derecho, la Naturaleza no conoce otro. La ley puede restringir este derecho, nunca ampliarle. ¡Tan dulce es el deleite por sí mismo! ¿Ha de recibir de la sujeción la fuerza que no haya podido sacar de sus propios atractivos? No, hijos míos, en el matrimonio están ligados los corazones, pero no están esclavizados los cuerpos. Os debéis fidelidad, pero no condescendencia. Cada uno de vosotros sólo puede pertenecer al otro, pero ninguno debe pertenecerle sino en cuanto fuere su voluntad.

»Por consiguiente, querido Emilio, si es cierto que queréis ser amante de vuestra mujer, sea ella siempre árbitro vuestro y suyo; sed amante feliz, pero respetuoso; alcanzadlo todo del amor sin exigir nada de la obligación, y los más leves favores no sean nunca derechos, sino gracias para vos. Bien sé que el pudor huye los consentimientos formales y pide que le venzan; pero, con verdadero amor y delicadeza, ¿se engaña el amante acerca de la voluntad secreta? ¿No sabe cuándo otorgan los ojos y el corazón lo que finge negar la boca? Tenga derecho cada uno de vosotros dos, dueño siempre de su persona y sus cariños, de no dispensárselos al otro, como no sea de su propia voluntad. Acordáos sin cesar de que, ni aun en el matrimonio, es legítimo el deleite cuando no es común el deseo. No temáis, hijos míos, que esta ley os desvíe al

uno del otro; por el contrario, hará que uno y otro os esforcéis más en agradaros y precaverá que os empa-laguéis. Limitados únicamente uno a otro, bastante os allegarán la Naturaleza y el amor».

Al escuchar estas y otras semejantes razones se enoja Emilio, grita; Sofía, avergonzada, se tapa los ojos con su abanico y no habla palabra. El más descontento de los dos no es acaso el que más se queja. Insisto sin ablandarme: avergüenzo a Emilio de su poca fineza; salgo por fiador de Sofía de que, por su parte, admite el tratado; la excito a que hable, y bien se echa de ver que no se atreve a desmentirme. Inquieto Emilio consulta los ojos de su esposa, y los ve, en medio de su cortedad, llenos de una deliciosa turbación que le tranquiliza contra los riesgos de la confianza. Arrójase a sus plantas, besa arrebatado la mano que ella le ofrece y jura que, excepto la prometida fidelidad, renuncia a cualquier otro derecho sobre ella. «Sé, la dice, amada mía, árbitro de mis placeres como lo eres de mi vida y de mi destino. Aunque me hubiese de costar la vida tu crueldad, te abandono mis preciosos derechos. Nada quiero deber a tu condescendencia, quiero que todo sea dádiva de tu razón».

Buen Emilio, tranquilízate; Sofía es por demás generosa para dejarte morir víctima de tu renuncia.

Por la noche, al despedirme, les digo con el tono más grave que puedo: «Acordáos ambos de que sois libres; no haya diferencias falsas, que aquí no se trata de obligaciones conyugales. ¿Quieres venir, Emilio? Sofía te lo permite». Emilio, enfurecido, querrá pegarme. «Y vos, Sofía, ¿qué decís? ¿Queréis que me lleve?» La embusterilla, sonrojada, dirá que sí. ¡Hechicera y dulce mentira que vale más que la verdad!

Al día siguiente... La imagen de la felicidad ya no



agrada a los hombres; la corrupción del vicio ha depravado su gusto no menos que sus corazones. Ya ni saben sentir lo tierno, ni ver lo amable. Vosotros que para pintar el deleite nunca imagináis más que dichosos amantes engolfados en el seno de las delicias, ¡cuán imperfectas son todavía vuestras pinturas!, sólo ofrecéis la más tosca mitad; los atractivos más dulces del deleite no se encuentran en ellas. ¡Oh! ¿Quién de vosotros no vió nunca dos esposos jóvenes, unidos bajo felices auspicios salir del tálamo nupcial, y en su lánguido y casto mirar retratar la embriaguez de los dulces deleites que acaban de disfrutar, la amable serenidad de la inocencia, y la certidumbre que tanto los encanta entonces de vivir juntos lo restante de sus años? Este es el objeto más encantador que pueda presentarse al corazón del hombre; ésta la verdadera pintura del deleite; cien veces la habéis contemplado sin reconocerla; vuestros empedernidos corazones no son capaces de amarla. Dichosa y pacífica, Sofía pasa el día en brazos de su tierna madre, blando descanso para la que ha pasado la noche en los de su esposo.

Al otro día reparo ya alguna mudanza de escena. Emilio quiere dar muestras de mal humor, mas por entre esta afectación noto un ardor tan tierno y tanto rendimiento, que no recelo que sea cosa muy triste. Sofía está más alegre que el día anterior; brilla en sus ojos una visible satisfacción; está muy cariñosa con Emilio, casi le provoca, y él parece que se enfada más con sus halagos.

Estos cambios son poco notables, pero no se me esconden. Inquieto, consulto a Emilio a solas, y sé que, con mucho sentimiento suyo, y a pesar de todas sus instancias, ha sido forzoso hacer cama aparte la noche pasada. La imperiosa se ha dado prisa a usar de su derecho. Se explican, Emilio se queja amargamente, So-

fía se chancea, pero, en fin, viendo que se iba a enfadar de veras, fija en él una mirada llena de amor y dulzura y, apretándome la mano, pronuncia esta palabra sola, pero con un acento que llega al alma: ¡*Ingrato!* Emilio es tan tonto, que nada de eso entiende. Yo sí lo entiendo y, desviando a Emilio, hablo a solas con Sofía.

«Ya veo, le digo, la razón de ese capricho. No es posible tener más miramiento, ni emplearle más fuera de sazón. Tranquilizáos, amada Sofía, un hombre es el que os he dado, no temáis tratarle como tal; vos habéis cogido las primicias de su juventud, con ninguna la ha gastado y la conservará mucho tiempo para vos.

«Es necesario, querida niña, que os explique mis ideas en la conversación que tuvimos los tres anteayer. Acaso no la creísteis sino como un modo de usar con economía vuestros deleites para que fuesen duraderos. ¡Oh, Sofía!, llevaba otro objeto más digno de mis cuidados. Dándoos la mano de esposo, se ha hecho Emilio vuestra cabeza, la Naturaleza lo quiso así. Mas cuando una mujer se parece a Sofía, es útil que su marido sea conducido por ella, también ésta es otra ley de la Naturaleza y, para que tengáis tanta autoridad en su corazón, como a él le da su sexo en vuestra persona, os he hecho yo árbitro de sus gustos. Lo compraréis a costa de penosas privaciones, pero reinaréis en él, si sabéis reinar en vos, y lo que ha sucedido me demuestra que este arte difícil no es superior a vuestro esfuerzo. Reinaréis por el amor mucho tiempo, si hacéis preciosos y raros vuestros favores, y sabéis darle valor. ¿Queréis ver siempre a Emilio a vuestros pies? Mantenedle siempre a cierta distancia de vuestra persona. Sed, empero, modesta en vuestra severidad, no antojadiza; que os vea abs-

tinente y no maniática; cuidad de que, por no empalagar su amor, le hagáis que dude del vuestro. Haced que os ame por vuestros favores y os respete por vuestras repulsas, y que honre la castidad de su mujer sin tener que agravarse de su tibieza.

»De este modo, hija mía, os entregará su confianza, escuchará vuestros consejos, os consultará en sus negocios y no resolverá nada sin deliberarlo con vos, de este modo le podéis traer a la razón cuando se extravíe, reducirle por una dulce persuasión, haceros amable para ser útil, emplear el arte de agradar en servicio de la virtud, y el amor en beneficio de la razón.

»Sin embargo, no creáis que siempre pueda servir este mismo arte. Por más precauciones que se tomen, el gozo gasta los deleites, y el amor antes que todos los demás. Pero, cuando ha durado el amor mucho tiempo, un dulce hábito llena su vacío, y a los raptos de la pasión suceden los atractivos de la confianza. Los hijos forman un vínculo no menos suave y a veces más fuerte que el mismo amor entre los padres. Cuando ceséis de ser dama de Emilio, seréis su mujer y su amiga, seréis la madre de sus hijos. Entonces, en vez de vuestros primeros desvíos, estableced la mayor intimidad entre vosotros, no más cama aparte, no más repulsas, no más caprichos. Hacéos en tal manera mitad suya, que no pueda vivir sin vos, y que, al punto que os deje, se sienta lejos de sí propio. Vos que tan bien supisteis hacer que reinaran en casa de vuestros padres los encantos de la vida doméstica, haced que igualmente reinen en la vuestra. Todo hombre que se halla a gusto en su familia, ama a su mujer. Acordáos de que si vuestro esposo vive feliz en su casa, seréis una mujer feliz.

»Por lo que hace al presente, no seáis tan severa con

vuestro amante, pues merece más condescendencia y le ofenderían vuestros temores; no miréis tanto por su salud a costa de su dicha, y gozad de la vuestra. No se debe aguardar al hastío, ni repeler el deseo; ni se ha de negar por negar, sino por dar valor a lo que se concede».

En seguida los reíno y digo delante de ella al joven esposo: «Preciso es sufrir el yugo que uno se ha impuesto: mereced que os le hagan suave. Antes de todo sacrificad a las gracias, y no penséis haceros amable mostrando mal humor». No es difícil hacer la paz, y cualquiera adivina las condiciones: el tratado se firma con un beso. Después de esto digo a mi alumno: «Amado Emilio, el hombre necesita toda su vida consejo y guía. Yo le he hecho cuanto me ha sido posible para desempeñar esta obligación con vos; aquí concluye mi larga tarea y da principio la de otro. Este día hago renuncia de la autoridad que me habéis confiado, y de ahora en adelante aquí tenéis a vuestro ayo».

Poco a poco se calma el primer delirio, y les deja gustar en paz las delicias de su nuevo estado. ¡Dichosos amantes! ¡Dignos esposos! Para pintar su felicidad, sería necesario escribir la historia de su vida. Cuántas veces, contemplando en ellos mi obra, me siento embargado en un éxtasis que hace latir agitado mi corazón! ¡Cuántas veces, bendiciendo la Providencia y lanzando profundos suspiros, estrecho sus manos entre las mías! ¡Cuántos besos imprimo en estas manos que se aprietan! ¡De cuántas lágrimas de gozo, que caen de mis ojos, las sienten bañadas! También ellos se enternecen participando de mi enajenamiento. Sus respetables padres disfrutan segunda vez de la juventud en la de sus hijos; vuelven, por decirlo así, a comenzar su vida en ellos, o más bien por la vez primera conocen el valor de la vida, y maldicen sus pa-

sadas riquezas que de la misma edad les impidieron gozar tan deliciosa suerte. Si existe felicidad en la tierra, hay que buscarla en el albergue en que vivimos.

Al cabo de algunos meses, Emilio entra una mañana en mi cuarto y me dice, dándome un abrazo: «Maestro mío, felicidad a vuestro hijo, que en breve espera tener la honra de ser padre. ¡Oh, qué afanes van a cargar en nuestro celo, y cuánto vamos a necesitar de vos! No permita Dios que os deje yo educar al hijo después de haber educado a su padre, ni que otro que yo desempeñe obligación tan dulce y sacrosanta, aunque hubiese de escoger con tanto acierto para él como para mí escogieron. Pero sed el maestro de los maestros jóvenes. Aconsejadnos, dirigidnos, que seremos dóciles: mientras yo viva, necesitaré de vos. Ahora, más que nunca, os necesito, porque empiezan mis funciones de hombre. Habéis desempeñado las vuestras; guiadme para imitaros, y descansad, que ya es tiempo».

FIN

## INDICE

	<u>Páginas</u>
Continuación del Libro IV.—Profesión de fe del presbítero saboyano.....	1
Libro V.....	167